

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 18 de Noviembre de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 635

Una necesidad invencible del corazón

Los lectores de LA CARIDAD, creyentes todos en los dogmas católicos, profesan en lo íntimo de sus corazones el de la existencia del Purgatorio. Saben y comprenden que el purgatorio es una obra maestra del Amor infinito; una de aquéllas en las cuales ha desplegado más magnificencia y ternura. «Dios ha dado, escribe Mons. Bougaud, a las almas, algo así como un plazo divino; por medio de él se ha provisto de recursos para perdonar más fácilmente, y ha dulcificado y ampliado las vías algo abruptas que conducen al paraíso.»

Ya que no podemos estudiar, como lo hace el ilustre Prelado de referencia, los planos del Purgatorio, su estructura íntima, la manera como se concilia a maravilla con todos los atributos de Dios, y cómo se opera y consuma allí la purificación de los elegidos, vamos a completar nuestro artículo anterior intitulado *Dogma Consolador*, por si a alguien se le ha ocurrido preguntar si el dogma del purgatorio es patrimonio exclusivo de la Religión verdadera, o es más bien una de esas verdades que introduce sus raíces en las últimas profundidades de la conciencia humana.

Hay que dejar bien sentado que toda la Humanidad, en todos los tiempos, y en todas las latitudes, creyó que hay seres que salen de este mundo no suficientemente puros para ser admitidos a la visión de Dios, ni suficientemente culpables para ser privados eternamente de ella; y por consecuencia ha de existir un lugar de purificación, de ornato, de reparación y restauración, de las almas. Esto lo comprendieron los seres racionales por instinto, y tradujeron sus sentimientos y sus arraigadas convicciones en los ritos y ceremonias en alivio de los muertos, por los cuales ofrendaban sacrificios y elevaban oraciones fervorosas.

Así, en Egipto, en la China, en la India, en Africa, en América antes de Cristóbal Colón, y en toda la superficie de la tierra. Grecia y Roma, herederas de las civilizaciones antiguas, expresaron esa universal creencia de la necesidad de purificación en la otra vida y de la eficacia de la oración por los difuntos. Los grandes genios y poetas de esos pueblos clásicos, están terminantes. Citemos tan solo a dos: al divino Platón de Grecia y al eximio poeta Virgilio, de Roma.

«Paréceme—dice Platón,—que la muerte no es más que la separación del alma y la del cuerpo. Tras esta separación comparece el alma ante el Juez, quien la examina sin consideración al-

guna a la categoría que ocupó en la tierra. Con mucha frecuencia no desoubre el Juez en ella nada sano, aunque se trate del rey de los Persas, de otro rey o de cualquier otro hombre poderoso... Viendo esto el Juez la envía ignominiosamente a la prisión en que ella debe sufrir el suplicio merecido.

Dos especies hay de suplicios: los ordenados para que el que a ellos es condenado justamente saque provecho de ellos mejorándose; y los que tienen por objeto servir de ejemplo a los demás, induciéndolos a corregirse por el temor que les inspiran. El primer castigo es inferido por los dioses a los desgraciados que han cometido pecados, curables por el dolor que les liberta de la injusticia. Los que han tocado los límites del mal, son completamente incurables, no son susceptibles de curación; éstos sufrirán eternamente suplicios espantosos» (Plat. De República, X, 46.)

Después del genio y del sabio, habla Virgilio:

«Cuando el alma se despoja de sus hierros, como conserva todavía las huellas de su herrumbre debe borrar, por medio de prolongado castigo, la mancha mezclada a su puro elemento. Unas, para lavar esta impresión del fango, flotan en el seno del aire, donde el viento las sacude: en tanto que otras se sumergen en amplios torrentes o pasan millares de veces por fuegos devoradores. A cada mancha corresponde una pena diferente. Después vamos a habitar (¡ay en pequeño número!) los afortunados abrigos del tranquilo Eliseo» (Eneid., lib. IV)

Es la voz del espíritu humano y la de la tradición y revelación proclamando el dogma del purgatorio.

X.

La Noche de Animas

El sol lentamente se hundió en las montañas, la noche medrosa tendía sus alas de negros crespones y sombras pesadas, cubriendo con ellas la tierra callada, que muda gemía «la noche de ánimas».

De templos humildes las tristes campanas, vibrando a lo lejos sus notas lanzaban, cruzando los aires, surcando las auras, rompiendo el silencio siniestras y tardas, con ecos perdidos «del toque de ánimas».

Vivientes humildes de tosca cabaña, elevan al Cielo fervientes plegarias; la nieta y la abuela,

la niña y la anciana en torno del fuego de pálidas llamas que chisporrotean, «la noche de ánimas».

La vieja y la niña sus rezos acaban, y mustias y tristes se quedan calladas: la niña con miedo, la vieja con lágrimas, y a ratos escuchan las notas que lanza vibrando a lo lejos «el toque de ánimas».

—¿Por qué, abuela mía, tocan las campanas con ese sonido que da tanta lástima? ¿Por qué todos rezan o gimen o callan? ¿Por qué es esta noche tan negra y tan larga? ¿Por qué, di, es tan triste «la noche de ánimas»?

—Porque en esta noche los muertos nos hablan y al hombre recuerdan que tiene un alma, que las vanidades del mundo se acaban, que Dios nos vigila, nos juzga y nos llama. ¿Por eso es tan triste «la noche de ánimas»?

Porque en esta noche, con voz apagada, los muertos nos cuentan sus penas amargas; también cometieron pecados y faltas, y piden voces rezos y plegarias... ¿Por eso es tan triste «la noche de ánimas»?

La vieja gemía, la niña lloraba, y el viento impaciente plegando sus alas, las dos oraciones envueltas en lágrimas que allí murmuraron aquellas dos almas, llevó tras los ecos «del toque de ánimas».

JUAN MARTÍNEZ NACARINO

EN EL MES DE NOVIEMBRE

Una señora muy llana

Existen señoras cumplidísimas que se deshacen en cortesías, apretones de manos, atenciones y sonrisas; señoras que anuncian sus visitas por medio de perfumadas tarjetas y llenan la casa de olorosos perfumes después de deslumbrarla con el esplendor del oro y de las piedras preciosas; pero la señora que hoy te presento no sigue la corriente de los tiempos... Es *sui generis*.

No lleva guantes y deja ver un par de manos, o más bien, de manzanas delgadas y largas... con uñas gruesas y cortantes... No hace inclinaciones, ni reparte sonrisas... entra en casa forzando la puerta, derribando las sillas, como un malhechor, como un villano.

¿Y quién es esa?

Una señora muy alta, muy alta... muy flaca, muy flaca... muy fea, muy fea... Ni aún el diablo la querría por esposa... aunque llevara en dote muchos millones.

¿Quién es pues?

La conocéis ya, mis queridos lectores. Ha entrado en vuestra casa a traeros visitas desagradables. La habéis maldecido, la habéis arrojado de ella; pero ha vuelto y aún volverá, siempre sin guantes y sin cumplimientos.

Esa señora es la muerte.

Ha entrado en vuestra casa y con sus manazas os ha arrebatado al padre, a la madre, al hermano, al hijo al esposo, al pariente: es señora que no tiene la más pequeña consideración. Entra en casa del párroco, del alcalde, del médico, del caballero, del abogado... Aquí coge con violencia a un hombre... allí a una mujer... hoy arrebató a un joven... mañana a un anciano; a su izquierda derriba a un propietario, a su derecha a un mendigo. Es una señora terrible.

Todos le tienen miedo.

Y se comprende el por qué. Es cosa fuerte ser estrangulado por unas manos que no están enguantadas: es horrible agonizar, morir bajo la influencia de sus ojos crueles y mortíferos; pero la gran desgracia es que con aquellas manazas nos larga al otro mundo.

¡Verdad! ¡Salto tremendo es pasar desde este mundo, desde nuestra casa a la eternidad!

Eso es: donde ya no se puede salir, donde el Señor, nuestro Dios, nos dirá: «Ven, hijo, ven a dar cuenta de todas tus acciones, de todos tus pensamientos, del empleo que has hecho del tiempo».

Redde rationem villicationis tuae.

¡Ah, señora muerte!...

Tú has enviado al otro mundo a los emperadores, a los reyes, a los generales más esforzados que hicieron estremecer al mundo; y allí bajaron la cabeza y temblaron de miedo, como un ladrón sorprendido en el momento de apoderarse de su presa...

Tú has lanzado al otro mundo a millonarios que nadaban en la abundancia, para quienes todo eran satisfacciones y no experimentaban privación alguna... y allí se encontraron privados hasta de un céntimo...

Tú has conducido al otro mundo a sabios que conocían y hablaban de tantas cosas, y hallaron allí que, después de tanto saber y tanto estudiar, no sabían lo que era... la justicia de Dios, el alma citada ante su tribunal.

¡Oh, muerte! Si escribieses tu historia, tus memorias, ¡cuánto se aprendería! Ciertos profesores, doctores, ingenieros, príncipes, periodistas, novelistas, que se burlaban de Dios, de los santos, de la Iglesia... tú los has visto